

LA MANTICA DEL VERSO

Especial para "NUEVA ACROPOLIS"
por JOSEFINA MAYNADE, 1964

Mántica entre los antiguos griegos, significaba requerimiento a los dioses, adivinación, profecía. En realidad, enlace con los poderes naturales y universales.

Su nombre deriva de "Manto", la hija de Tiresias, el Gran Vidente de la remota antigüedad griega.

Manto fue, según la tradición, la primera Sacerdotisa y fundadora del Oráculo de Delfos, cuando era humilde Santuario erigido a la memoria de Apolo, el dios solar. En ese Santuario, ubicado en la falda del monte Parnaso, en la Fócida, allí Manto, merced a sus facultades superiores, un gran meteorito incrustado, un gran imán de proyección espacial, una "Piedra del cielo".

En torno de esa Piedra-imán, se excavó el primer templo rupestre o cripta consagrado al dios solar, con el mandato de recibir allí, mediante ese vínculo talismánico de la piedra magnética, la voluntad de los Padres celestes, consultados a través de la **Pitya** o sacerdotisa clariaudiente.

De ese modo y por vez primera en Grecia, recibió Manto, sentada sobre el trípode de oro, envuelta en los vahos terrestres y recibiendo los efluvios magnéticos del **Omfalos** —la piedra mencionada—, las palabras del dios.

Pero tales palabras eran dictadas en versos exámetros. Esos versos proféticos, proseguidos, hicieron famosos aquel primer **Manteión sagrado**, aquel centro oracular donde se daban tan ciertas guías para los destinos de los hombres y de los pueblos.

Más adelante, cuando ejercía el papel de intérprete, **Pityas** menos dotadas que Manto y Femnoé, —su sucesora— los sacerdotes intérpretes eran los que ponían en versos exámetros, según

la divina voluntad, los oráculos insinuados por las sacerdotisas en estado de recepción o de trance.

Desde entonces, se consideró en Grecia, el verso como producto de la inspiración y de la transmisión divina y su lenguaje como perenne tesoro de belleza y de sabiduría. Simultáneamente con la fundación del primitivo **Manteión** delfico, el príncipe tracio, Orfeo, Iniciado en el Santuario egipcio de Heliópolis (por este nombre conocemos, en su versión griega, una ciudad egipcia de gran antigüedad, cuyos Misterios se decían estar relacionados a los del Lago Moëris y del Laberinto. N. de la R.) volvía a las tierras helenas investido de una altísima misión; la de enseñar a los hombres, a través de sus inspirados himnos recitados al compás de la lira de 7 cuerdas, la voluntad del "Espíritu Santo", el descendimiento divino representado en Dionysos, el dios antropomorfizado, en todo semejante al Osiris de los egipcios.

De ese modo fue el hermoso príncipe tracio sembrando, en el aire removido armoniosamente por su heptacorde lira —cada cuerda se hallaba sintonizada con un astro de nuestro sistema planetario— la buena nueva del resurgir de la gran civilización griega y de todo el occidente europeo.

Con sus cantos, plenos de Amor y de Sabiduría, anduvo peregrinando el hermoso Avatar heleno, sembrando doquiera la nueva del renacer del mundo en aquella gloriosa aurora psíquica, operando el milagro de la resurrección, transmitiendo en torno los poderosos efluvios del Espíritu Solar en su nuevo período cíclico. Recitando estrofas de infinita belleza, de sabia armonía, purificaba los lugares, bendecía las cosas, dejaba en los hombres el germen de su despertar, de su comunión con el Espíritu Dionisiaco. Así enseñaba las superiores verdades, así consagraba con el sello espiritual de una nueva era.

La lírica misión de Orfeo era

transmitir al mundo el vínculo celeste y poderoso capaz de operar toda revolución cíclica. A sus mágicos recitados, todo renacía; verdeaban los campos, se prodigaban las fontanas, florecían los jardines y los prados, se amansaban las fieras y resurgían todas las almas a su voz dulcísima, capacitadas de la trascendencia histórica del instante en que vivían, para bien del mundo y de la humanidad.

Una nueva civilización nacía evocada por su voz, como mediante un mágico conjuro. Orfeo convertía el himno en sagrado ritual de una religión nueva que tendría por distintivo la belleza y la armonía. Los himnos órficos eran en verdad, auténticos **mam-trams**, versículos mágicos, fórmulas de espiritual renacer, vehículos de perfección, instrumentos que plasmaban los ambientes y las almas en un canon nuevo de belleza integral.

La primitiva glorificación del verso, no tuvo sólo por centro la misión Orfica y el oráculo delfico, sino que se extendió como fórmula en todos los nacientes santuarios del vasto país, al par que condensaba, bellamente, a través de esa gloriosa falange de aedos caminantes, los divinos mitos y leyendas. Surgieron, bajo la guía de aquellos cantos proféticos, los oráculos de Dodona, los de Creta consagrados a Zeus (Cretagenes, criado en Creta, según algunos autores, por una cabra que descendió del espacio cósmico y que a él retornó luego. N. de la R.), padre de los Dioses y a Rhea, el espíritu de la Tierra, la Gran Madre; los de Hécate, la Luna, transmisora, en Samotracia; los de Afrodita, la Venus-urania o celeste, en Chipre; y también los de Esparta, Megara, Olimpia, Epidauro, Delos, Corinto, Eleusis y Tebas. (La Tebas griega, no confundir con la de la Tebaida egipcia, cercana al gran centro Iniciático de Abydos y al Osirión. N. de la R.)

Los poemas mánticos, de Delfos, fueron, por su trascendencia y su perenne lección de sabidu-

(Viene de página 2)

Al cierre de esta edición recibimos noticias de México, donde se han constatado cálculos astronómicos, sobre Estelas Mayas, de varios millones de años de alcance en el pasado, narrando fenómenos celestes ocurridos en plena Era Terciaria. Nada de esto sorprende a los redactores de NUEVA ACROPOLIS ya que su formación filosófica ha bebido en la "Doctrina Secreta" de H. P. Blavatsky, viajera enamorada de Oriente, recopiladora e intérprete de datos despreciados por la ciencia "oficial", pero constatados ahora por los impersonales aparatos electrónicos, que demostraron en sus frialdades de máquinas ser más sabios que ciertos hombres y poder descubrir la verdad donde se halle. Los hindúes, por ejemplo, trabajaron con cifras de 311.000.000.000 de años y sus anales (hoy llamados "mitos") históricos nos hablan de otras formas de civilización, pe-

recidas, en pleno esplendor, hacen 850.000 años.

Lo que NUEVA CROPOLIS se resiste a aceptar, por considerarlo **infundamentado, es que los descubrimientos de grandes conocimientos astronómicos y antigüedades en los pueblos sea prueba de las visitas de astronautas venidos de otros mundos.** Como hoy está "de moda" hablar **de viajes espaciales lo vemos todo desde ese ángulo.** Sin quitar la posibilidad de que Venusinos hayan visitado la Tierra (según los anales indos lo hicieron, de cierta manera, hacen unos 11 millones de años) es evidente que los Colegios de Misterios de todos los pueblos antiguos Iniciaban, a los mayores genios de sus respectivas épocas, en muchísimos secretos de la naturaleza material psicológico y espiritual de la Naturaleza y del Hombre. Y esos Colegios son tan viejos como la misma Humanidad y se los halla en todos los niveles de

la Historia y de la Prehistoria, como, podemos hoy mismo constatar a través de la Prensa Mundial. Los conocimientos de esos círculos de sabios no era debido a la casual visita de alguna nave espacial o a la "colonización" de algunos humanos por superhombres de otro planeta, sino a un Plan en la Naturaleza del desarrollo intelectual y moral del hombre. Los últimos milenios de materialismo y de supersticiones religiosas infantiles, ha obnubilado ese quehacer filosófico-espiritual del Hombre, pero entre los viejos muros de los templos de Luxor, de Nínive, de Lasha, de Atenas, Roma, Tiawanaco y Tikal, por no seguir la lista interminable, se dieron, de la boca al oído, conocimientos mucho más grandes y reales y de plena aplicación práctica, de lo que puede soñar el hombre común o aún, la mayoría de los científicos de nuestros días. *

(Viene de página 12)

ría, celosamente recopilados y guardados y constituyeron el tesoro mágico de aquel vitalizado Santuario, cuya misión fue servir de guía e inspiración para las almas otorgando las directrices necesarias para consolidar los destinos que los astros conferían a la nación de Era.

Paralelamente, los himnos órficos fueron recogidos por los amantes discípulos del gran Iniciado Orfeo, cuando fue sacrificado por las ménades fanatizadas y enloquecidas que seguían los rituales decadentes del violento ciclo táurico que fenecía. Tan altas virtudes atesoraban los

himnos, que, desde entonces fueron consultados según una clave astrológica de interpretación. Y es fama que daban la adecuada respuesta a cada consulta cuando eran debidamente requeridos. Toda la vida griega fue, durante muchos siglos, regida a través de esa pura onomancia de los llamados **cresmos**, o himnos órficos.

Tales **cresmos** se guardaban celosamente en el **áditto** secreto del Templo de Atenea, el Partenón de Atenas. Cuando, en la decadencia de ese país, fue juzgado por Roma, los **cresmos** fueron vendidos o robados; rescatados y trasladados al Monte Pa-

latino, con el nombre de Libros Sibilinos. Entonces, Grecia decayó, sometida al poder romano y Roma tomó la preminencia del poder en el mundo antiguo y al caer Roma con el auge de los Bárbaros, habían sido, según la oculta tradición, expoliados antes los Libros Sibilinos que anunciaran de antemano la caída del Romano Imperio. Ello coincidió con el advenimiento de un ciclo nuevo, servido por otros divinos Avatares dispuestos a otorgar al mundo las directrices evolucionarias de acuerdo con el ciclo zodiacal que representan. *

REVISTA INTERNACIONAL NUEVA ACROPOLIS

Nº DE PROPIEDAD INTELECTUAL, EN TRAMITE

Director: JORGE A. LIVRAGA

Codirector: ADA D. ALBRECHT

Administrador: ENRIQUE J. RUIZ

AMENABAR 863, C. FEDERAL, ARGENTINA